

Carolina Amor de Fournier, tipógrafa del siglo XX

Elena Urrutia
El Colegio de México
Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer

Nada en la vida me ha sido imposible,
pero nada en la vida me ha resultado fácil
C.A. de F.

Cuando conocí y más tarde traté a Carito no supe, y sólo años después sería yo consciente de su importante labor en el campo de la tipografía; me refiero a ésta en su más amplia y completa acepción. Parecería que los autores de enciclopedias y diccionarios enciclopédicos tampoco cayeron en la cuenta: la *Enciclopedia de México*¹ dirigida por José Rogelio Álvarez consigna sólo a dos de sus hermanas, a la más pequeña Guadalupe Amor, Pita, nacida en la Ciudad de México en 1920 y conocida principalmente por su obra poética, su independencia y originalidad, así como por los cuadros que hicieron de ella pintores como Roberto Montenegro o Diego Rivera para el que posó desnuda, provocando escándalo en el núcleo social pudoroso y recatado al que pertenecía la familia. La otra hermana, Inés Amor (1912-1980), conocida como galerista, supo levantar una de las galerías de arte de más prestigio en esta Ciudad en años difíciles, particularmente los primeros, en que el arte "oficial" desplegado en grandes murales, siempre con un contenido social, desplazaba a la pintura de caballete considerada con desprecio como "burguesa". Mientras la Escuela Mexicana de Pintura y sus seguidores contaban con el patrocinio gubernamental, los pintores que habían derribado la "cortina del nopal" -término que acuñaría años después José Luis Cuevas- quedaban confinados a darse a conocer entre amigos, en general otros pintores y -gracias a una iniciativa tan visionaria como la que tuvo Carito, continuada luego por su hermana Inés-, en alguna pequeña galería o, eventualmente, alguna exposición museográfica. ¿Quién compraba además, en esa época, pintura moderna mexicana? porque quienes tenían dinero para ello adornaban sus casas con pintura procedente de Europa, en todo caso.

En la breve ficha que la enciclopedia dedica a Inés Amor se dice que "en marzo de 1935, su hermana Carolina destinó a la exhibición de pinturas unos sótanos de la casa familiar en la calle de Abraham González número 66 en la Ciudad de México, pero cuando contrajo matrimonio, Inés tomó por su cuenta la empresa, instalándose la Galería de Arte Mexicano en la esquina de Viena y General Prim, y posteriormente en Milán número 18..." Entre los primeros pintores que promovió la Galería se puede mencionar a David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco, Diego Rivera -que además de murales, gran parte de la obra de los tres estaba constituida por pintura de caballete-, Agustín Lazo, Miguel Covarrubias, Rufino Tamayo, Manuel Rodríguez Lozano, Frida Kahlo, Luis Ortiz Monasterio, Angelina Beloff, Julio Castellanos, Carlos Mérida, Carlos Orozco, Roberto Montenegro, en fin, varios pintores más que luego de todos estos años transcurridos pueden dar una idea clara de la importancia que suponía el reconocimiento y la difusión de su obra.

1 José Rogelio Álvarez, director, *Enciclopedia de México* Tomo I. Ciudad de México, SEP, 1987.

Para continuar con las enciclopedias y diccionarios, el *Diccionario Enciclopédico de México* (1989) de Humberto Musacchio, en su nueva edición corregida y aumentada que apareció en 1999 con el título de *Milenios de México*,² tampoco consigna a Carolina Amor, omite a Inés, de Pita señala como fecha de nacimiento 1917 -¿será que la diferencia de 3 años con respecto a la edad señalada en la *Enciclopedia de México* se deba a esa coquetería más propia de las mujeres, aunque a veces también tiene lugar entre los hombres, de quitarse alegremente años de edad?-, e incluye a Paula Amor Poniatowska, mexicana nacida en Francia (1908) y coautora, con Elena Poniatowska, su hija, del libro autobiográfico *No me olvides* (1996). Paula o Paulette era prima hermana y gran amiga de Carito. Parecería que en su caso se cumple aquello de que nadie es profeta en su tierra. Carlos Fournier Amor, su hijo y heredero de la misma pasión de su madre por los libros, me señala que el *Who's Who in the World*³ en la sección de biografías, trae una referencia a C.A. de F.

Así como en muchos casos se asienta el nombre de la esposa del personaje objeto de la ficha bibliográfica, he buscado en los libros mencionados el registro del Dr. Raoul Fournier Villada (1900-1984), el querido Raoulito, médico gastroenterólogo ilustre, y director que fue de la escuela de medicina de la UNAM, entre muchos otros señalamientos que habría que hacer sobre su persona. En estas fichas no hay más que una frase que establece que en 1936 fundó la editorial Prensa Médica Mexicana. -La realidad es que Carolina Amor, ahora de Fournier, a solicitud de su flamante esposo, habría de asumir la dirección de la *Revista La Prensa Médica*, fundada por el Dr. Fournier, y que poco después daría nombre a la Editorial *Prensa Médica Mexicana*. Aquí, de modo indirecto y sin mencionarla, entramos en contacto con su querida esposa C.A. de F. Bien mirada, la preparación, obra y desarrollo de Carolina Amor es absolutamente impresionante por su amplitud y por la lógica que en su trayectoria sigue en todo momento: nacida en la Ciudad de México, el 2 de septiembre de 1908, descendiente de una antigua familia mexicana, recibió la educación propia de las jóvenes de aquella época habiéndose graduado en el Colegio de las Damas del Sagrado Corazón de Jesús. Su educación seguiría ampliándose en Europa y en la Ciudad de México, una vez casada. Cuando regresó de aquel continente, refiere la propia Carolina en entrevista a Delmari Romero Keith⁴ "...decidí que debía trabajar. Me di cuenta de que la situación en que habíamos vivido de niñas había terminado. No era cosa de seguir esperando que, en lo económico, las cosas se arreglaran, como decía papá "cuando nos devuelvan las haciendas...". Lo perdido, perdido estaba. Con el ánimo de prepararme para la lucha me inscribí como oyente en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional Autónoma de México para seguir los cursos de filosofía que impartía Antonio Caso, e ingresé a una academia comercial donde aprendí a escribir en máquina. Al poco tiempo se me abrieron otras perspectivas: empecé a dar clases de francés y a trabajar para *Excélsior*".

No cabe duda que Elena Poniatowska Amor, sobrina de Carito, gracias al ejemplo y estímulo que tuvo de su tía y siguiendo sus pasos, lo primero que hizo también al

2 Humberto Musacchio *Milenios de México*. Edición corregida y aumentada del Diccionario Enciclopédico de México (1989), 3 volúmenes, Raya en el Agua, México, 1999.

3 *Who's Who in the World* 8th edition 1987-1989. Ed. Marquis Who's Who, Macmillan Directory Division. Library of Congress. Printed in U.S.A. p. 339.

4 Delmari Romero Keith, *Historia y testimonios. Galería de Arte Mexicano*. Ediciones GAM, México 1986, en el Cincuenta Aniversario de la Galería.

empezar a trabajar fue tomar clases de mecanografía en una academia e iniciarse, con la recomendación de su tía, haciendo entrevistas para el periódico *Excélsior* diariamente: principio de su larga y exitosa carrera de periodista y escritora.

El padre de Carolina, Emmanuel Amor y Subervielle, fue hacendado azucarero en Morelos; su hacienda, San Gabriel, contaba con un casco del siglo XVI. Su madre, Carolina Schmidtlein y García Teruel, hija de un médico alemán que vino a México en la época de Maximiliano y luego se radicó en Puebla casándose con la hija mayor de un rico poblano.⁵ Carolina fue la segunda de siete hermanos: Mimí, Carito, Inés, Maggie, José, Elena y Pita.

Los Amor Schmidtlein, como tantas familias mexicanas, perdieron su fortuna a resultas de la Revolución. Cuando Carolina empieza a trabajar su padre le escribe una sola línea *Sic itur ad astra*: Así se llega a las estrellas. En cambio "mamá –dice Carito– al principio pensó que esto sería una vergüenza y un descrédito para la familia. Para ella fue muy duro; sin embargo, al poco tiempo se acostumbró ... hasta comenzó a sentir cierto orgullo por lo que sus hijos hacíamos".

A raíz de la entrevista a Carlos Chávez –que hacía sus primeras temporadas como director de la Orquesta Sinfónica de México –publicada en *Revista de Revistas*, en 1929, cuando Carolina se iniciaba apenas en las labores periodísticas, Chávez la invitó a trabajar primero en el Conservatorio Nacional de Música y después en el Departamento de Bellas Artes, ocupándose en un principio de la redacción e impresión de los programas y la publicación de notas en los periódicos. "Llegué a ocuparme (¡oh audacia!) de una página musical que aparecía semanalmente en el suplemento de *Excélsior*". Época extraordinaria del que más tarde sería Instituto Nacional de Bellas Artes: bajo la dirección del maestro Carlos Chávez se encontraba, entre otros, Celestino Goroztiza al frente del teatro Orientación, Rufino Tamayo como jefe de Artes Plásticas y Rodolfo Usigli dirigiendo programas de teatro clásico que se difundían por radio. Carolina Amor se ocupaba además de la organización y promoción de actividades artísticas, entre ellas, exposiciones de pintura. Fue así que conoció a casi todos los pintores que en ese momento tenían cierta importancia y pudo tratarlos muy de cerca, "Ese contacto me permitió darme cuenta de la necesidad de abrir un salón permanente de venta".

Cuando Carolina renunció al Departamento de Bellas Artes en 1934, luego del cambio de dirección, con el dinero que recibió de su fondo de pensiones decidió montar la galería en marzo de 1935. Para diciembre de ese mismo año, al casarse, deja la *Galería de Arte Mexicano* en manos de su hermana Inés. Luego de pasar con su esposo una larga temporada en Europa, iniciándose en París en actividades relacionadas con las artes del libro, regresan a la Ciudad de México y Carito toma a su cargo la publicación de la revista fundada por el Dr. Fournier titulada *La Prensa Médica Mexicana*. Con el fin de prepararse mejor para las labores editoriales, Carito ingresó a la escuela de Artes del libro dependiente de la Secretaría de Educación Pública, fundada y dirigida por el extraordinario grabador Francisco Díaz de León,

⁵ Uno de los libros que Carolina hizo al margen de su producción científica fue la publicación de las cartas que el abuelo Schmidtlein escribió a su madre por varios años y con sorprendente asiduidad, que debieron ser paleografiadas y traducidas al español: *Cartas de un médico alemán*.

donde cursó la carrera de Maestra de Ediciones. Más adelante, en esa misma escuela, impartiría durante cinco años la cátedra de Historia del libro.

No creo haber conocido ni visto a Carolina Amor los años siguientes a ese 1935 en que se casó con Raoul Fournier y su familia vivía ya en la calle de Génova. Recuerdo muy bien la casa porque vivíamos muy cerca, primero en la calle de Copenhague y luego en la de Niza, ambas sus paralelas inmediatas y, sobre todo, porque su hermana Elena Amor era mi profesora de inglés en el kinder de la escuelita de la señora Brito de Masa, en la calle de Sadi Carnot de la colonia San Rafael. Este dato trae a colación dos hechos: el primero, que la familia Amor, como muchas otras familias porfirianas, pese a haberse visto desposeída de sus propiedades a resultas de la Revolución, pudo todavía dar a sus hijos una educación refinada (De Inés dice la *Enciclopedia de México* que estudió el bachillerato en el Colegio de las Damas del Sagrado Corazón, en Grand Coteau, Louisiana, E.U.A. La propia Carolina, además del francés y el inglés, tuvo una sólida base cultural). El segundo hecho pone los reflectores en una institución sobreviviente del periodo colonial y del siglo XIX y que todavía prevalecía las primeras décadas del XX: la "amiga", esa escuelita que para funcionar no requería más que de una casa que tuviera una o varias habitaciones que pudieran destinarse a la enseñanza y, por supuesto, la señora de la casa dispuesta a dar nociones elementales a niñas y niños puestos bajo su custodia, de las primeras letras, rudimentos de aritmética, catecismo, bordado, etcétera. Miss Elena Amor fue, como dije, mi profesora de inglés en esa escuelita.

Sería también años más tarde que tuve noticia de la ilustre estirpe de mujeres tipógrafas en la que Carolina Amor de Fournier se insertó, en la medianía del siglo XX. La monografía *La mujer en la tipografía mexicana*,⁶ de su autoría, es una bella edición ilustrada con las portadas de los libros en que aparecen nombres de mujeres en los pies de imprenta. "La tipografía -escribió- es una de las pocas actividades públicas en la que la mujer, en nuestro país, ha participado desde los primeros años de la Colonia. El nombre de una mujer figura ya en el primer documento histórico de la tipografía en México: el famoso contrato celebrado con fecha 12 de junio de 1539 entre Juan Cromberger y Juan Pablos (...) A partir de entonces un nombre de mujer figura de manera constante en la bibliografía mexicana de los siglos XVI, XVII, XVIII y principios del XIX. Posteriormente se pierde la traza del trabajo de la mujer en la imprenta, para no resurgir de nuevo sino en nuestro siglo, donde volvemos a encontrar mujeres dedicadas a actividades tipógrafas. Sin embargo, cosa curiosa, hasta ahora, el número de mujeres impresoras o editoras no se ha multiplicado en la proporción en que se han multiplicado las actividades de la mujer en otros campos".

Antes de que la nueva ola del feminismo se empezara a levantar en nuestro país, Carolina Amor de Fournier se había interesado por rescatar destacando a sus predecesoras, planteando de inmediato preguntas acerca de cuál sería la razón, en ese periodo colonial, por la que las mujeres hubieran podido "destacar en un oficio al parecer no muy distinto de los otros oficios masculinos que hasta hace poco tiempo le estuvieron vedados" A lo que se responde que tal vez influyó el hecho de que las

⁶ Carolina Amor de Fournier, monografía *La mujer en la tipografía mexicana*, "edición en su homenaje de sus colaboradores y proveedores con ocasión de sus veinticinco años de constante y trascendente labor editorial al frente de la Prensa Médica Mexicana". México D.F. enero de 1972.

primeras imprentas estuvieron casi siempre instaladas al lado del hogar del impresor, y así la mujer ayudaba al marido en sus faenas, “y cuando por ese destino biológico que hace que las mujeres sean por lo general más longevas que los hombres (siendo también que al casarse generalmente son más jóvenes que ellos), la mujer quedaba viuda, (y) en muchos casos pudo seguir adelante con el trabajo del esposo. Así desfilan en ese recuento Jerónima Gutiérrez o Jerónima Núñez, mujer de Juan Pablos, primer impresor de la Nueva España; la viuda del tipógrafo Pedro Ocharte –que en primeras nupcias se había casado con María de Figueroa, hija de Juan Pablos- María de Sansoric, cuya participación en las tareas de su marido fue más activa y notable que la de su predecesora. En la *Gramática* de Emmanuel Álvarez aparece por primera vez el nombre de una mujer en el pie de imprenta: *Apud Viduam Petri Ocharte*, hacia finales del siglo XVI, y a principios del XVII aparece el nombre de la viuda de Pedro Balli –Catalina del Valle-, el de la viuda de Diego López Dávalos y el de la viuda de Diego Garrido. Poco más tarde tenemos a “la primera figura femenina de verdadera importancia y personalidad dentro de la historia de la imprenta en México (...) doña Paula Benavides, viuda de Bernardo Calderón”. Al igual que en los casos anteriores, a la muerte de su esposo dirigió su taller por más de cuarenta años y publicó la mayoría de las obras impresas en esa época. Su nombre figura por primera vez en una hoja fechada el 17 de febrero de 1641. Vienen después María Benavides, viuda de Juan de Rivera, probablemente hija de Paula Benavides y viuda de un impresor, y doña María de Rivera Calderón y Benavides i una línea directa de madre, hija y nieta tipógrafas! En las bibliografías del siglo XVIII hay otros nombres de mujeres: la viuda de Francisco Rodríguez Lupercio y, con obras mucho más importantes, la viuda de José Bernardo de Hogal. Pero este fenómeno no se daba con exclusividad en la ciudad de México: el único impreso oaxaqueño que se conoce del siglo XVIII es un *Sermón Fúnebre* que lleva como pie de imprenta: “con licencia en Oaxaca, por doña Francisca Flores, año de 1720”. En Puebla, por la misma época, trabajaba la viuda de Miguel Ortega publicando principalmente obras piadosas.

En los primeros años del siglo XIX, de 1800 a 1815, se encuentra por última vez el nombre de una mujer al pie de impresos mexicanos ya catalogados: doña María Fernández de Jáuregui quedó al frente del taller al fallecer su hermano don José Fernández de Jáuregui. De ella dice Enrique Fernández Ledesma en su bibliografía del siglo XIX, que “fue mujer de trabajo y emprendedora” y, dato curioso que marca una semejanza más con Carolina Amor de Fournier, anexo a su taller tenía una librería.

Las razones que la autora de la monografía encuentra para explicar el por qué después de la muerte de la Sra. Fernández de Jáuregui no vuelve a figurar un nombre de mujer al pie de ninguna publicación importante del siglo XIX pueden ser, entre otras, el hecho de que desde entonces la imprenta se transforma de un arte manual que había sido durante más de tres siglos, en una industria mecanizada. No sólo abandona el techo familiar sino que, además, todas sus piezas –que permanecieron casi idénticas a las del propio Gutemberg a lo largo de varios siglos- sufren una completa transformación haciendo de la imprenta un trabajo más complejo y más costoso que se escapa de las manos de la mujer.

El siglo XIX verá una transformación en la participación de la mujer en el campo de la palabra impresa. Si bien ya no se encuentran tipógrafas, cada vez hay más lectoras de revistas destinadas a las mujeres en las que poco a poco y a lo largo del

siglo contribuirán también con los textos publicados en ellas dando un giro importante, ya que estas lectoras no leerán sola y exclusivamente lo que los hombres consideraban que debía ser su alimento intelectual sino que, también, entrarán en contacto con el pensamiento de quienes escriben desde su misma condición de mujeres. Momento importante aquél en que ya no habrá nada más revistas con textos –aunque fueran muchos- escritos por mujeres pero dirigidas por hombres. Al finalizar el siglo, tenemos a la primera revista totalmente escrita y dirigida por mujeres *Violetas del Anáhuac* (1887-1889) de Laureana Wright de Kleinhans, nacida en Taxco, Guerrero en 1846 y muerta en 1896. Póstumamente habría de ver la luz su libro *Mujeres notables mexicanas*, 1910.

Paralela a su actividad académica, la labor editorial de Carolina Amor de Fournier fue incrementándose. En 1944 empezó a publicar la revista *Nutrición*, versión en castellano de una revista estadounidense. Dos años más tarde inició la traducción de una serie de textos de medicina, siendo el primero un *Manual de medicina tropical* por Mackie, Hunter y Worth, que salió a la venta en enero de 1947. “Mi primer libro lo hice yo sola, con la única ayuda de una secretaria (...) todo lo que gané con mi primer libro lo invertí en el siguiente” señala Carolina en una entrevista sin autor, publicada en la Revista *Siempre* en 1967.⁷ “Hacer un libro es una tarea muy difícil... el editor es en realidad un arquitecto de los libros... su papel es ajustar a la perfección todos los elementos que lo forman... uno tiene que ver las pruebas cientos de veces... los manuscritos –aunque sean “maquinoscritos” les seguimos llamando así- no pueden ir directo al linotipo, hay mucho que hacer antes... hay autores que aunque sean excelentes no conocen muy bien su español...”

La Prensa Médica Mexicana, nombre que la editorial tomó de la revista, siguió publicando libros a un ritmo creciente, abriendo un mercado importante en todos los países de Hispanoamérica y en España incluso, de libros para uso de los médicos y de los estudiantes de medicina. El creciente catálogo incluiría un alto porcentaje de autores mexicanos, siendo varios de ellos traducidos al inglés, al francés y al italiano.

Para mejorar la calidad general de todas las publicaciones médicas C.A. de F. participó en cursos impartidos en la Facultad de Medicina para la formación de escritores y redactores médicos y, por varios años, concedió una beca para un estudiante de medicina que deseara perfeccionarse en este campo. No cabe duda que Carito sintió la necesidad de capacitarse ante cada nuevo reto que se imponía; la necesidad de profesionalización fue una constante en su vida.

La escuela *Artes del libro* en la que estudió por cuatro años, lo que el Dr. Raoul Fournier, con su humor inveterado, comentaría que no era carrera sino trote, quedaba en la calle de Tonalá, a media cuadra de casa de los Fournier en la esquina de Durango N° 145 y Tonalá, casa que aún se distingue por su ventana salidiza, que los ingleses llaman *bay window* y los franceses *pain coupé*, en el primer piso de la casa. Carito tenía un buen sentido administrativo y sabía que para lograr sacar una empresa adelante era preciso cuidar de modo especial la economía. Fue así que cuando decidió instalar una galería de arte, no encontró ningún lugar mejor que la planta baja de la casa en que vivía con su familia, en la calle de Abraham González N° 66, y que fue adaptada nada menos que por el arquitecto y pintor Juan O’Garman.

7 ----- “Editorial Fournier y Prensa Médica”. Revista *Siempre*, julio 1967.

A la casa en que vivió la pareja en esa esquina llamativa también habría de darle buen uso. Primero, las oficinas de la revista, después, cuando la pareja cambia su residencia a San Jerónimo, el primero y segundo piso se convirtieron en oficinas de la *Prensa Médica Mexicana* y en a la planta baja se instaló nada mejor que una librería en la que se vendía, además de la producción de la propia editorial –medicina, enfermería, veterinaria, trabajo social, etcétera- otros libros afines o complementarios.

Fue entonces, cuando la librería estaba en funciones, que recuerdo haber conocido a Carito. Una amiga muy querida, María Elena del Río, que por cierto vivía muy cerca, trabajó temporalmente por las tardes en la librería, un pequeño local con el escritorio de la persona encargada al fondo. Teniendo un viaje por delante, María Elena me pidió que puesto que estaba yo de vacaciones en la universidad, podría tal vez suplirla unos días. Así lo hice. De todos los estantes con libros a la venta el único que atraía mi interés era el de libros de psicología y psiquiatría, ya que mis estudios me llevaban a hojearlos e, incluso, en tiempos muertos, leer algunas páginas. Tenía por lo tanto perfectamente identificado el grueso volumen de Psiquiatría de Noyes –una de las primeras obras traducidas por esa casa editora-, y el día que entró un hombre corpulento con un gran abrigo y se instaló frente a ese estante dándome la espalda, por un tiempo que me pareció eterno, supe que estaba robando algún libro pero no me atreví a decirle nada; el miedo me paralizó de alguna manera. Cuando por fin salió, pude advertir el gran hueco que había dejado el libro de Noyes.

Por esos años, principios de la década de los cincuenta, los Fournier ya no vivían arriba de la librería; su casa se había convertido en las oficinas de *Prensa Médica Mexicana*. En la mejor tradición de sus abuelas tipógrafas desde la Colonia, C.A. de F. vivió como sus antecesoras en la misma casa en la que trabajaba, y si bien no compartió –o heredó como fue en muchas ocasiones- la misma ocupación que su esposo, había una enorme cercanía entre el quehacer editorial de ella – preferentemente libros de medicina y otras disciplinas afines- y la profesión médica de su compañero.

Raoul y Carito formaron una pareja singular que supo rodearse, gracias a su inteligencia, su cultura y sensibilidad, su humor y su calor humanos, de amigos y amigas procedentes de todos los núcleos sociales inimaginables, particularmente de artistas plásticos, escritores, dramaturgos y actores, eminencias médicas, autoridades gubernamentales, músicos, intelectuales, en fin, de personas que marcaron de modo relevante el curso del país en los cincuenta años que ocupan los dos cuartos centrales del siglo XX. En una revisión memoriosa de la casa de los Fournier en San Jerónimo –esa bella casa construida por el arquitecto yucateco Luis Rubio, muerto prematuramente, que inicialmente había sido concebida como refugio de fines de semana pero muy pronto fue ampliada y convertida en residencia permanente a la que arterias importantes como la avenida Revolución o Periférico habrían de conectar de norte a sur- puedo mencionar un mural encima de la chimenea de la sala, obra de Rufino Tamayo, otro gran cuadro colocado tan bien que parecía mural, sobre las escaleras que llevaban al estudio –¿me atrevería a decir?- de Carito, toda vez que en él, además de libros, muchos libros, había un tórculo maravilloso, una gran mesa con todos los adminículos que se requieren para hacer encuadernación; ese otro arte creado por y para contener el libro, para realzarlo, y que alguien con la sensibilidad de Carito no podía dejar de cultivar. El cuadro-mural

de Juan Soriano con esos colores pastel tan suyos, tan memorables -¿es posible que la memoria visual, plástica, sea tan persistente?- Estas dos obras extraordinarias no agotaban ni hacían palidecer los muchos cuadros y objetos de arte contenidos en esa casa emblemática, inolvidable, en el barrio nostálgico y frutal de San Jerónimo Lídice. Además de Tamayo y Soriano tenían Diego Rivera, Remedios Varo, Juan O’Gorman, Chucho Reyes, Dr. Atl, Jaime Saldivar, Julio Castellanos, Alfonso Michell, Kitahawa, Raul Anguiano, Carlos Mérida, Leonora Carrington, Jesús Guerrero Galván, Nahui Ollín, Ricardo Martínez, José Moreno Villa, Feliciano Peña, Murata, Alice Rahon, Pedro Coronel: una colección selectamente representativa de la mejor pintura de la primera mitad del siglo XX. Pero lo bello no se agotaba con los cuadros; había objetos que lo eran tanto como las figuras de porcelana del *Viejo París* que representan a una pareja indígena -convertida en lámparas- o los vasos y floreros de cristal verde muy claro, en fin, el mejor marco para recibir amigos con cualquier motivo, lo mismo el 6 de enero de cada año para cortar la rosca de reyes con muchos “niños”, que los sábados por la tarde durante más de un año, tal vez, a principios de los cincuenta, en que acudíamos puntualmente Jaime García Terrés, Elodia Terrés, su tía, María Elena del Río, Carlos Fuentes, Enrique Creel, Eugenia Caso y yo. A las primeras reuniones que eran un juego pirotécnico de talentos había que darles un “contenido” -tal vez una razón que asegurara la continuidad de las mismas-; fue entonces que decidimos hacer teatro siendo nuestro director Raoulito y el grupo, los actores en busca de un autor. Mientras nos decidíamos entre *Doña Rosita la soltera* de García Lorca o cualquier otra como *Un espíritu burlón* de Noel Coward, al tiempo que íbamos descartando obras que sentíamos no eran para nosotros, Carito invitaba a amigos suyos, a su hermana incluso, para que compartieran con nosotros sus conocimientos. Así Salvador Novo, gran amigo de Carito, llegó algunos sábados a darnos rudimientos de actuación; Emilio Carballido y Sergio Magaña, dramaturgos noveles, nos leyeron obras inéditas; Pita Amor nos dio un recital de declamación a su manera y a la de la Xirgu. En tanto María Elena del Río y yo, necesitadas tal vez más que nadie de unas buenas clases de dicción, acudimos con Juan José Arreola, recomendadas por Jaime García Terrés. No era necesaria otra cosa más que oírlo hablar: su pasión por las palabras exactas y bien dichas era necesariamente contagiosa.

Como no nos decidíamos por la obra que había que montar, Jaime García Terrés y Carlos Fuentes decidieron escribir sendas piezas teatrales cuyos personajes fueron nada menos que nosotros. Algún día habrá que dar a luz estas obras.

No sé bien si influyó el hecho de que algunos debimos salir de viaje o que Salvador Novo nos sugirió rentar uno de sus estudios en la calle de Madrid en Coyoacán, atrás del teatro de *La Capilla*, entre su estudio y el restaurantito *El Refectorio* que servía unos cuantos platos muy buenos, receta del propio Salvador -recuerdo particularmente la sopa de cebolla y el filete a la pimienta. La perspectiva de profesionalizarnos no estaba entre nuestros planes, lo cierto es que las maravillosas tardes sabatinas se fueron espaciando hasta su extinción.

En vista de la dificultad de contar para la publicación de libros técnicos con talleres de imprenta bien equipados, C.A. de F. vio la necesidad de establecer uno que llenara todos los requisitos necesarios. Asesorada por el excelente tipógrafo catalán Juan B. Climent, fundó la Editorial Fournier convertida más tarde en Ediciones Copilco ya que, desde enero de 1953, *Prensa Médica Mexicana* se instaló en un edificio frente a la

facultad de medicina de Ciudad Universitaria, justamente en Copilco, cambiando su nombre al de Ediciones Copilco.

Además de los libros científicos y técnicos, bajo el rubro de Editorial Fournier publicó un bello primer libro en 1963: *Colibríes y orquídeas de México*, edición y prólogo de Carolina Amor de Fournier, con acuarelas de Rafael Montes de Oca: naturalista y profesor amigo de su abuela -Gertrudis García Teruel- que pintó al natural 59 diferentes variedades de colibríes y otras tantas de orquídeas, algunas de ellas tomadas del invernadero de su abuela. Un año después publicó un curioso libro firmado por Salvador Novo: *Breve historia y antología de la fiebre amarilla*. De Walter L. Hartmann: *Introducción al cultivo de las orquídeas*, 1971. En 1966 salió un primer libro de Guadalupe Amor *Fuga de negras*, en 1975 *Décimas a Dios*, y también, de la misma autora, *Como reina de baraja*. En la línea de los animales alados, en 1980 se publicó *Mariposas diurnas del Valle de México* de Carlos R. Beutelspacher, y en 1984 del mismo autor *Mariposas de México*. El último libro publicado en 1987 bajo el sello de la Editorial Fournier fue *A la memoria del Dr. Raoul Fournier Villada (1900-1984)*, un sentido homenaje al compañero de su vida por 49 años.

Consciente de su importante papel en el campo de las artes del libro C.A. de F. tomó parte activa en asuntos gremiales. Miembra del Instituto mexicano del libro, fue nombrada su presidenta en 1954 y reelecta para un segundo periodo en 1957. Participó con ese carácter en la organización de dos Ferias nacionales del libro, en varias exposiciones de libros mexicanos en el extranjero, y en la publicación de dos ediciones de catálogo de libros impresos en México. Representó al Instituto en el primer festival del libro de América, en Caracas, Venezuela, en 1956, y en un seminario sobre publicaciones mexicanas en 1957, en Austin, Texas, en noviembre de 1969. En los años setenta prosiguió su labor editorial con un crecimiento constante, y en 1980 recibe el Premio Juan Pablos. En un texto mío publicado en el diario *Uno más Uno* señalaba yo que por tercera vez se otorgaba ese premio nacional al Mérito Editorial, creado por la Cámara de la Industria editorial, en esa ocasión a C.A. de F. como un reconocimiento a sus 45 años dedicados a la labor editorial.⁸

Cuando se le preguntó en alguna ocasión si después de tantos años de arduo trabajo no había pensado retirarse, respondió "Llega una edad en que el dilema se plantea... yo me he respondido que uno debe seguir haciendo lo que sabe hasta el fin". Y Carito siguió trabajando con el mismo talento y dedicación hasta el fin, hasta el momento en que, en 1986 una embolia dio fin a su vida de creación productiva. Carolina Amor de Fournier, viuda desde hacía nueve años, murió el 11 de septiembre de 1993.

⁸ Elena Urrutia "Carolina Amor de Fournier, 45 años de vida dedicados a labor editorial", diario *Uno más Uno*, jueves 11 de diciembre de 1980.